

ALBA V. LASHERAS

¿Un nuevo inicio en la Librería Mujeres de Madrid?

Leyendo a Luisa Muraro en *El Dios de las mujeres*, me he dado cuenta de que nada de lo que había empezado a escribir me servía. Había olvidado que cuando he escrito algo verdadero (y sé que es verdadero cuando, pasado el tiempo, vuelvo a releerme y me reconozco y también cuando me releo y tengo que comprobar que ese escrito es mío, porque me parece de otra), es cuando logro poner en el papel un “pensamiento universal. (...) que lo comprende todo pero no da posesión de nada, que despega el pensamiento de cualquier contenido llegando a hacerle intuir lo impensable y lo indecible, en una especie de perdición muy especial, porque está llena de confianza”.¹

Había intentado entrar al tema general de frente, las herencias de las mujeres. Empezaba contando que oí en la televisión o leí en un periódico que las mujeres heredan la pobreza de sus madres y, desmenuzando la idea, quería contaros qué es la Librería Mujeres de Madrid. Había olvidado que Hélène Cixous ya me había contado que Clarice Lispector le había dicho que para contar y acercarse al ser de las cosas, las ciencias que hay que usar son la ternura y la inocencia, para que “la voz se filtre suavemente por detrás de las cosas” para “levantarlas y bañarlas dulcemente, y coger las palabras entre las manos y posarlas con infinita delicadeza muy cerca de las cosas para llamarlas y mecerlas, sin tirarlas y apremiarlas”.²

Pero había vuelto a hacerlo, apremiar las cosas, acercarme con una ciencia

exacta que nada conseguía decir de las cosas que vivo en la Librería. Esas cosas que solo noto cuando ya han ocurrido, cuando noto que he estado muy cerca de mí y cerca de las otras que estaban cerca de mí, en especial las mujeres con quienes comparto mi tiempo en la Librería.

El primer sentimiento en estas ocasiones, la primera sensación, que es de un color que amarillea el blanco, es cierta fidelidad. Un entrever la raíz de las cosas, lo que queda trenzado cuando lo demás va suelto, se mece, cambia, o se agita. “Un fluir enraizado”, diría María Zambrano; “la necesidad de enraizamiento”, diría Simone Weil.³ Esta fidelidad es algo que va más allá de la ética, más allá del deber que siento de obedecer, que también siento; porque va más allá y se trenza en mis deseos.

En esta fidelidad a los inicios hay admiración y gratitud, por haberme dado la Librería lo que me ha dado sin condiciones: amor por los libros y la libertad, admiración por el esfuerzo y la voluntad de mantenerse. Y ver y vivir el final del patriarcado desde un lugar privilegiado, desde un balcón y una puerta a la calle, que mira “las hierbitas (que) resquebrajan la piedra, y están verdes de vida”.⁴

Tras otra capa de este pelar la cebolla, este tratar de estar cerca de mí cuando no soy una cebolla —recordando que no soy una cebolla porque, como dice Wislawa Szymborska, la cebolla es cebolla capa tras capa, sin contradicciones, fiel a sí misma, siendo siempre cebolla fiel a su naturaleza, siempre desnuda, y también idiota en su perfección⁵— como digo en esta otra capa que voy descubriendo, que no va separada, que se mezcla y trenza con la anterior, aparecen las dificultades.

La Librería es una tradición, tiene sus modos que me cuesta seguir, sus condiciones. Trato de seguir entonces el camino con docilidad, no son mis modos quejarme o dejarme llevar por las furias —cuando cuento con cierto equilibrio, claro— y no es mérito, es que no sé hacerlo de otra manera.

Y aunque quejarse o dejarse llevar por las furias nos hace visibles, busco otras formas de hacerme visible y hasta reconocible, que es cuando arries—

go más a ser lo nuevo. De María Zambrano aprendí que una de las formas es dar las gracias⁶, otra que he aprendido es tener relaciones significativas con otras mujeres, que así dan un reflejo de quien soy, también cuando no estoy y preguntan por mí.

Soy la más nueva, la más joven, la aprendiz. Y soy la que ha ido a la universidad, la que estudia con vosotras en Duoda, la que ahora trabaja también en otro lugar porque con lo que da la Librería (y da para ganarse la vida a cuatro mujeres además de lo que me da a mí) no me llega para pagar la letra de mi casa. Otro trabajo que me gusta y en ocasiones me entusiasma.

Pero no dejo el trabajo de la Librería, que siento me da raíz a la vez que me deja mecarme y flotar en la corriente, como una planta acuática.

Porque me sumé a la Librería y hubo un sitio para mí. Me sumé a una idea que un grupo de mujeres inventó en los setenta, aunque de ellas sé poco porque al cabo de unos años cerraron por dificultades que no conozco. Me sumé a una forma de ganarse la vida que eligieron dos mujeres en esos mismos años, vender libros, y que tras dos intentos se instaló en la Librería Mujeres, hace tantos años que es suya. Ellas dos implicaron a una tercera y ahí, cuando ya eran cuatro, entré yo. Y aunque no he sido la única que ha pasado por aquí y ha trabajado con las mujeres que son el núcleo perenne de este bosque, también hecho de hojas, sí soy “la última” desde hace años y ya, aunque no esté, que una nunca sabe, las raíces flexibles y suaves, se han plantado bien en esta tierra.

¿Soy yo un nuevo inicio? No tengo la obligación, no la siento. Tengo un deseo, que se paga y se enciende, se acerca y se aleja, me conmueve, me mueve. Me da momentos en que me acerco a mí y me acerco a otras, en especial las mujeres con quienes comparto mi tiempo en la Librería, que en el momento en que ocurren no noto, y cuando los reconozco, cuando ya han pasado, siento que estaba como perdida pero de una manera especial, porque sentía absoluta confianza.

notas:

1. Luisa Muraro, *El Dios de las mujeres*, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Madrid: horas y HORAS, 2006, 27-28.
2. Hélène Cixous, *La risa de la medusa*, trad. de Ana María Moix, Barcelona: Anthropos, 1995, 109-110.
3. No he leído aún nada escrito por Simone Weil, sólo conozco esta idea de enraizamiento o arraigo por referencias en escritos de otras y otros, aprovecho esta nota para recomendar *La guerra según Simone Weil*, de Maite Larrauri con ilustraciones de Max, Valencia: Tándem edicions, 2002. La idea del "fluir enraizado" la tomo directa de María Zambrano porque a pesar de no ser exactamente algo que haya leído en sus escritos, ella es su origen.
4. Sylvia Plath, *Tres mujeres*, trad. de Eva Varela Lasheras, Madrid: edición de la traductora, 2002. Hay una traducción revisada de la misma traductora en Madrid: ediciones del Teatro de la Puerta Estrecha, 2006.
5. Wislawa Szymborska, *El gran número, Fin y principio y otros poemas*, edición al cuidado de Maria Filipowicz-Rudek y Juan Carlos Vidal, Madrid: poesía Hiperión, segunda edición, revisada, 1998, 134-135.
6. María Zambrano, discurso de aceptación del Premio Cervantes 1988, cuya primera frase es: "Para salir del laberinto de la perplejidad y del asombro, para hacerme visible y hasta reconocible, permitidme que, una vez más, acuda a la palabra luminosa de la ofrenda: *Gracias*". Conocí este discurso en el libro *María Zambrano: Premio Miguel de Cervantes 1988*, Barcelona: Anthropos, 1989, que se encuentra agotado. Sin embargo, este discurso se puede encontrar con facilidad en varias páginas de internet.

Fecha de recepción del artículo: 24 diciembre 2006. Fecha de aceptación: 24 diciembre de 2006.

Palabras clave: Política de las mujeres – Feminismo – Librería Mujeres de Madrid.

Keywords: Women's Politics – Feminism – Madrid Women's Bookstore.